

Quedan algunas espigas del altivo cereal entre los trigales y cebadales.

Pero que no se repita el caso de aquella espiga de cebada—miserable y envidiosa—que no podía soportar la vecindad de otra espiga de centeno, que brotó a su lado, y a la que insultó feamente:

Centeno zanquilargo,
pronto en cabeza
y tardo en grano.

El centeno es flemático y transigente. Pero le irritó aquella agresión de su vecina, a la que contestó:

Cebada arruiná,
si no te echan... fiemo,
no vales pa ná.

Hogaño corresponde la añada a la sierra.

Antes de la aurora, ya suben la cuesta de Rebidea, los hombres con el *lástico* y la guadaña al hombro; las mujeres—arrastrando unas sayas largas y picudas—con las hoces y los enredillos para todo el día.

Son previsores, y han oído que

por frío ni por calor,
no dejes el abrigador,
ni por hartó, la merienda.

En la sierra, los campos que ayer estaban llecos, hoy rinden cosechas abundantes, gracias a los abonos y a la nueva maquinaria agrícola.

Al montañés no le asusta la expectación de una jornada dura, ni le abruma el peso de una labor aplastante, cuando hay alorines en el *tablao*, fuerza en los brazos de hierro y fecundidad en la tierra.

La faja de espigas, que va tumbando el filo de la guadaña; los golpes metálicos de la aguzadera; el ir y venir de los niños, espigando; la buena disposición de los vencejos; el cencerreo de los rebaños, que muerden el rastrojo... todo esto deleita al labrador, como una visión confortadora en las horas de siega, horas de un sol asfixiante, de un *castellano* cálido, enervador.

Un pequeño descanso para almorzar, para comer, para merendar, a la sombra de una

soberbia peña, junto al agua cristalina, fina y sabrosa, de Galban-iturri.

No todas las sombras son buenas, ni todas las aguas saludables:

Agua, de sierra,
sombra, de piedra.

Y enseguida comenzará la trilla.

El girar constante, mecánico, de yeguas y caballos, en las eras, desgranando las espigas con las pezuñas, arrastrando los trillos de afilados pedernales, que pulverizan la paja; ramalazos y coplas intencionadas del agos-tero, que se burla de la pereza de las yeguas y caballos:

Caballito como el mío,
no lo tiene el rey de España,
pues para mover un pie,
necesita una semana.

A la caída del sol, o a pleno sol, si se aguantó en la trilla y salió el cierzo, hay que despajar.

Y más tarde, «de noches pretes», la música irritante, fastidiosa, de las aventadoras.

EN LA MONTAÑA ALAVESA

Y para todo esto, «que aprete firme el sol».
Que no llueva.

Eso será bueno para los apicultores, para
los viticultores:

Agua de agosto,
miel y mosto.

También en la montaña tenemos colmenas.
Pero que no llueva. Que caliente el sol,
que achicharre, que abrase.

Y así se trabajará a gusto, aunque corra el
sudor por el rostro del labrador y empape
sus ropillas.

Está convencido de que

en esta tierra, tierruca,
el que no trabaja, no manduca.



SEPTIEMBRE

Se apagó el ruido de las eras, la música fastidiosa, monótona, de las aventadoras, la canción triunfadora de Ceres.

No hubo un contratiempo, no hubo un paréntesis, que interrumpiese el proceso del agosto.

Brilló el sol en su trono de fuego, con toda la soberbia de un emperador legendario.

Tostó las gavillas, las espigas del trigo y la cebada, los alvéolos del yero, que luego desgranaban las pezuñas de yeguas y caballos, girando—a un trote corto—en la pista urente de las eras.

Soplaba con fuerza el cierzo en el ventorrero de los *ablentaños*, despajando la parva y oreando las frentes sudorosas.

Declinaba Agosto, como obedeciendo a una ley de asombrosa regularidad.

Y llegó el día 24.

Por San Bartolomé,
los vientos *quédensen*.

Efectivamente, se quedaron.

Pero al silencio de una derrota sucede el estrépito de una victoria.

El solano, el cierzo, el castellano, el gallego... Una lucha monstruosa en las altas regiones de la atmósfera.

La veleta no descansa. Sopla el castellano. La veleta le mira sin pestañear.

En cuanto se advierten en ella los primeros síntomas de la hipnosis o de la sugestión, asoma por Galarza el cierzo, que se lanza a la lucha resueltamente, cabalgando en su pegaso de hielo.

El duelo es formidable.

Las nubes son los proyectiles de los fantásticos guerreros. Las nubes, que chocan unas con otras, embistiéndose, absorbiéndose, agrietándose hasta abrirse enormes brechas, y cuya metralla—filtrada por el tamiz atmosférico—llega a nosotros en forma de lluvia deseada.

Que llueva. Está el grano en los alorines. Están prietos los pajares. Está el bálago en las cabañas.

Que llueva. La tierra tiene sed, después de su oblación. La reja del arado tropieza con la rebeldía de un subsuelo calcinado. Aún puede medrar el tardío.

Que llueva. El tránsito del verano al otoño es muy violento en la montaña. El agua estorba la invasión de las heladas. La lluvia suaviza la brusca transición.

Está asegurada la cosecha del año.

El trigo ha pagado bien, aunque la paja ha sido corta.

El montañés no tiene un momento de reposo.

En septiembre no conviene labrar la tierra, porque

el labrador que labra
en el mes de la mora,
cuando labra, canta,
cuando siega, llora.

Que se temple la tierra con el agua y el sol.

Ahora hay que «hacer hoja». Hoja de fresno, de roble, de chopo.

Los mozos gatearán por los chopos, hasta llegar arriba, a la punta. Y allí, zarandeados por el viento, columpiándose, sin preocuparse de que se pueden desgajar las ramas débiles en que se sostienen, comienzan a repartir hachazos à diestro y siniestro, y, a medida que van cortando, van descendiendo, hasta que despojan al árbol totalmente de su manto foliado.

Y luego harán gavillas, y las irán colocando en el carro, bien dispuestas, para que no ciringuee la cama, que arrastra la pareja, adormecida por el chirrido estridente de unos ejes primitivos.

La previsión acucia al montañés.

Que haya hoja abundante en los corrales, y buenas pilas en las leñeras.

Vendrán días de nieve.

Pronto comenzarán a volar las moscas blancas.

Los rebaños quedarán en los corrales. El

pastor no llamará a las cabras. La hoja evitará la ruina de los graneros.

Y cuando termine la recolección de la hoja, el montañés subirá a la sierra, donde tendrá marcada su suerte de leña.

Y traerá grandes carretadas, que alegren la *foguera*, y hagan hervir las calderadas, mientras la abuela narra historias trágicas de lobos y raposos...



OCTUBRE

Ahora comienza el nuevo año económico del aldeano.

Mermaron algo los montones de trigo, que llenaban los graneros.

Facultativos, Regidor, campanero, rentas, pastores...

Claro es que no se esmeraron en la selección de las fanegas destinadas a los pagos.

Trigo menudillo
damos al pastor,
trigo menudillo,
lleno de tizón.

Está satisfecho el montañés.

Las lluvias torrenciales del mes pasado no acilaron — como antaño — los haces de trigo.

Reverdeció el tardío.

Brotaron nuevas flores, que brindaban su néctar a la actividad de las abejas, que ve-

nían cargadas de ricos materiales, con los que han elaborado esa miel exquisita y abundante, que llena los vasos de las colmenas.

Por San Miguel

hasta los gatos comen miel.

¿De veras?

Y también peras.

Vuelve la época simpática de la sementera.

Y vuelven a mermar los graneros. Están los surcos convidando al labrador, que nunca es mezquino con su amiga tierra.

En octubre,

echa trigo

y cubre.

En la preceptiva agrícola de la aldea—compuesta a base de la experiencia de muchos siglos—se adivinan las largas sembraduras y las cosechas, a través de sus avisos y de sus sabios apotegmas:

El que quiera coger habas muchas,
que las siembre el día (de) San Lucas.

La rápida germinación de esta planta, que se manifiesta por la aparición de un brote

EN LA MONTAÑA ALAVESA

inicial bifurcado, está registrada en el calendario montañés:

Por San Simón y San Judas,
las habas, orejudas.

Ahora, al llegar octubre, cuando sus faenas se lo permiten, se dedicará el montañés, con todo el entusiasmo, de un prestigioso sportman, a preparar los útiles de caza; limpia su escopeta, visita y repara su choza; carga los cartuchos, guiándose por aquello de

Pólvora, poca;
perdigón, hasta la boca.

Y, al amanecer, emprende la caminata por el kazarro arriba, hasta Ixoixokotxina, el magnífico robledal, que ofrenda a las palomas emigrantes los sabrosos abillotes encerrados en sus conchos.

Y allí, en la choza, mientras asoma una bandada, el viejo cazador, hábil explorador de ingenios infantiles, planteará al nieto su acertijo favorito:

El txínguillin, txínguillin
estaba colgando;

el lónguilis, lónguilis,
 estaba mirando;
 si el txínguillin, txínguillin
 se cayera,
 el lónguilis, lónguilis,
 lo comiera.

—¿Qué cosita, cosita es?

—¡El abillote y el cocho!

Luego le contará aquel cuento del raposo,
 que sacudía con su cola peluda el tronco de
 un encino, en cuya copa había una paloma,
 y le decía:

¡Palomita!
 Echame un hijo,
 que si no lo echas,
 te caigo el encino.

Y la paloma, pirueteando y moviendo la
 cola de arriba abajo, le contestaba:

Cola de raposino
 no *cuerta* encino;
 hacha de acero
cuerta madero.

Octubre es bello, con la belleza gris de la
 tristeza.

Dejamos atrás el verano ruidoso, el estío fogoso, con sus días claros e interminables; murmurar de mieses y alegría en las eras; la canción de las txirritxas; la manifestación espléndida de la vida, que vuela con el águila junto al sol, y travesea, con el infusorio, en la pequeña charca del hondo barranco.

Y comienza el otoño, melancólico y lloroso, como un desahuciado.

Sol amarillento, estrías de luz, pálida y quebrada, sobre un plano de sombras; expresión nemorosa, crisis de la vida universal, que muere sobre un lecho áspero y crepitante de hojas secas.

El esqueleto de la vida—o de la muerte—caracterizado en las ramas de los árboles desnudos...



NOVIEMBRE

Corresponde la añada a la zona ribereña, una banda mezquina de tierra amorosa y abrigada, una grieta providencial en las montañas de piedra, un descanso, un alto, en la agitación de cumbres, barrancos y laderas.

Hoy está oscura e inexpresiva.

Da la sensación de una inmensa arpillera en el estudio de un pintor.

Más tarde será un brillante tapiz, decorado por la mano del Artista Supremo: una cinta verde, junto al cristal del río, que ostenta, cara al sol, la gama del iris; chopos altivos, en custodia; robles descoyuntados; racimos de avellanos apretados, festoneando los ribazos; y en el fondo montañoso, Mendia, Agiridui, Senabarra, Borotieta...

Y más atrás, más arriba, cortando el horizonte, la cordillera de Cantabria, el centinela avanzado...

EN LA MONTAÑA ALAVESA

Está dando el montañés la primera mano.

Emigraron las grullas a tierras africanas.

Cruzaron nuestro cielo, trazando un ángulo agudo, en forma de gancho, con dos estrategias a la cabeza.

Las vió el labriego:

Pasan las grullas

a vendimiar,

coge el aladro,

vete a sembrar.

¡Cuántas carretadas de trigo van desapareciendo entre los surcos!

El labrador no repara, no escatima, aunque alguna vez asalte su fantasía el monstruo del hambre, acurrucado en un rincón del alorín vacío.

El arar no me da apuro,

el sembrar no me da pena.

el tener trigo pal año,

será la marimorena.

Acaso algún día lo dijeron, hipando.

Pero el carácter montañés ha evolucionado paralelamente a su situación económica.

¿Cuál es el secreto de este vivir alegre y confiado?

Todo el día en la brega, empujando a la pareja, pisando la rastra, derramando trigo, distribuyendo abonos. Y al ahogar los bostezos del hambre, correrá por las piezas fronteras el eco del humorismo, volando sobre las notas de una copla:

Me duele la cabeza
por el pescuezo,
de mirar hacia casa,
por el almuerzo.

Se acerca la desolación de la campiña.

La tonalidad cenicienta del cielo, gravitando pesadamente sobre el silencio otoñal de la tierra.

En un rincón de la selva desnuda, de un palo quebrado—como el palpo de una araña gigantesca—ha colgado su lira la poesía.

La visión del agotamiento, la sensación del aplanamiento.

No hay luz, ni calor, ni actividad.

Todo muere de frío y de tristeza.

Arriba, un toldo oscuro.

Abajo, una alfombra áspera.

Pero ahí, debajo de esa alfombra, en el taller misterioso de la tierra, oculta a nuestras miradas, está trabajando la vida, está rompiendo su cobertera, está deshaciendo obstáculos, nutriéndose, desarrollando.

Todo es actividad, todo es movimiento.

Pronto lo anunciarán las primeras pinceladas del brillante tapiz.

Y ahí, arriba, en las entrañas de algodón de esas nubes, se están *cociendo* las grandes nevadas, que caerán sobre nosotros, como un enjambre de moscas blancas.

¿Pronto?

Por los Santos,
la nieve por los altos.

¡Por los altos!... Kapildui, Mendigorri, Gu-
ramendi, Santzapezarra... Las cimas que aún
se elevan, como una erupción de la meseta
serrana. Están lejos del fondo de este cuen-
co, en que nos movemos, para que nos in-
quiete el blanquear de sus conos.

Se irán aproximando las moscas blancas.

Llegarán a los corrales:

Por San Martín,
la nieve por el cortín.

Más tarde, nos rodearán por todas partes,
nos acosarán, aislándonos, aprisionándonos:

Por Santa Catalina,
la nieve por la cocina.
Por San Andrés,
la nieve por los pies.

Correrá la ganadería a internarse en los
laberintos de Izkitz.

Dormirá la campiña bajo el suave edredón blanco. Llorarán lágrimas de desolación los pájaros, alineados bajo los aleros.

Copos finos, menudos, apretados,—la pseudo-kaskarrina—azotarán los cristales de las ventanas, mientras silba la odiosa sirena del regañón.

Y a través de los cristales empañados, miraremos a nuestro campo y a nuestro cielo, y los veremos envueltos en una bruma perlina, que borra los contornos y lima las fronteras, frenando la agresividad de nuestras pupilas....

DICIEMBRE

Aunque un poco tarde, hemos disfrutado del veranillo de San Martín.

Durante cuatro o cinco días, la tierra, embozada en su manta blanca, se asomó al sol.

Aprovechó el labrador esos días, para traer a casa grandes quilmas de abillotes, y para recoger—al otro lado del puerto—la cosecha de aceitunas:

San Martín y San Millán
a coger olivas van;
San Martín lleva la cesta,
San Millán lleva el costal.

Corremos el momento más desagradable del invierno.

El imperio de la oscuridad, la tristeza de los viejos candiles, que engañan, con sus lenguas frías de luz, en las largas veladas, evocadoras de recuerdos dolientes.

Por San Andrés,
todo el día de noche es.

Pronto se desenojará el amigo sol; y su buena compañía, sus proyecciones de luz, sus oleadas de calor, serán más largas.

La noche comenzará a plegar despacito y y en frunces regulares, su inmenso toldo.

Y habremos vencido al invierno tenebroso, al invierno ventajista, que—para amedrentarnos—se esconde, como el coco de los niños.

El cierzo, encañonado en la tronera de Rebidea; el solano, soplando por el embudo de Arratia; el regañón, barriendo las losas de Zabala, serán enemigos descubiertos, adversarios leales.

Y si la punta de sus helados cuchillos penetra hasta los bronquios, y hurga en los pulmones, se recordará y se pondrá en práctica el consejo del anónimo galeno:

Para curar el catarro,
guindillas y buen trago.

Es el montañés eminentemente altruísta, pero su altruísmo es un egoísmo indirecto.

EN LA MONTAÑA ALAVESA

Ha de poner más esmero en cuidar del ganado, que en cuidarse a sí mismo. Esto es una especie de lo que los juristas llaman «*do ut des*».

Todo animal está dotado de un portentoso instinto de conservación.

Sabe refugiarse en los *ábrigos*, procurarse pasto, arrimarse a su banda.

Ya habrá para estas fechas algún nuevo corderillo:

Por San Andrés,
corderillos tres.

Y cómo se desvivirá el montañés por acariciarle y acercarle a su madre, y calentarle, si es preciso, con el calor de su cuerpo!...

Cayeron algunos *mandiles*.

Pero vamos siendo afortunados. No ha cuajado una nevada.

Labra el montañés con codicia la tierra; trae las últimas carretadas de leña y de hoja, para hacer camas en los corrales y para aumentar las leñeras; arregla—de vereda—los caminos castigados durante los acarreos.

¡Muchos días vendrán, en que verá correr las horas, arrinconado junto al fuego!

Sale al monte el ganado. Y parece conocer la época que se avecina. Va almacenando reservas, para cuando lleguen los días de los piensos cortos en los pesebres oscuros, los días en que se sucederán las nevadas, sin un momento de sol, ni ráfagas del castellano, ni tocatas de agua, ni un rayo de esperanza en el montañés, que medirá las raciones:

Cuando *neva* menudico,
poca paja al borrico.

Diciembre... Cepos enormes en el hogar, que sostengan el brillo de los tizones... finas y apretadas abarras, cuyas llamas—amari-llentas y azuladas—subirán, lamiendo el hollín del viejo llar y teñirán de un vivo carmín los rostros de los mocetes... íntima y sabrosa conversación familiar.... sosegado girar de rueca, al compás de la invariable canción:

Hilar, hilar,
de Todos los Santos
a Navidad.

EN LA MONTAÑA ALAVESA

Hilar de veras,
desde Navidad
a Candelas.

Quien pa Candelas no hiló,
atrás la tela dejó.

Hilar, hilar...

Diciembre... Hielo sobre la nieve... rastros
de liebre y raposo... fechorías de *jabalines*...
niños tiritones y encogidos, resbalando ha-
cia la escuela.... cencerreo colosal en todos
los corrales, que supondrá una merma nota-
ble en los graneros, porque

a la vaquilla
que anda por casa,
a la noche
no le des paja.

Y en la noche del día 24 irá a la Misa del
Gallo todo el pueblo, endomingado, con los
más lucidos ternos de sus arcas, y defendi-
dos por recias capas:

Al que gasta blusa
por Navidad,
no le preguntes
cómo le va.

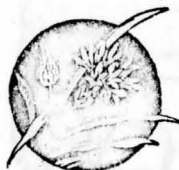
Y en la mañana de Navidad, volverán al templo, para oír las otras dos misas de ese día.

Son generosos con Dios, y saben que

por oír misa y dar cebada,
no se pierde la jornada.

En esa misma noche del día 24, aunque nieve, aunque hiele, aunque vuelque sobre la tierra el invierno sus recursos mortales, cruzarán las callejas algunas sombras, y se oirá, más tarde, el eco de una copla:

Esta noche es Noche buena,
¡triste de mí!
El gallo está en la cazuela,
¡qui-qui-ri-quí!



MI ALDEA

MI ALDEA

El día que nació a la luz, tendió su
cuerpo en el espacio y se elevó
al cielo de oro y azul.

—Ojalá que el viento levante las
hojas—al rasgar entre las ramas de los
árboles.

Regadas y copiosas se elevan las torres
de agua, que brotan de las montañas
y las arroyos, como grandes
manantiales.

La noche que cae sobre el valle
y los cerros, como un
manto de seda.

Luego, al amanecer,
el sol se levanta
en un momento
Y abajo, en la



MI ALDEA

Un cielo rebelde a la luz, tendió su manto de opacidad irritante frente al disco de oro del sol.

Gemía el viento—prisionero de las arboledas—al rasgarse entre las ramas de los hayales.

Rápidas y copiosas se sucedían las tocatas de agua, que borraba las siluetas de las montañas y las aristas de los enormes peñascos, que cuelgan de las cumbres, como aderezos monstruosos.

La meseta, que comienza en San Cristóbal y termina en Oxanduia y Apazaita, era un inmenso chapatal.

Luego... el descenso. El descenso por el tobogán guijarroso de Arratia, convertido en imponente y ruidosa torrentera.

Y abajo, en lo más profundo, hace lenta-

mente su aparición el pueblecito montañés, la aldea amada, que descansa, silenciosamente, en el arranque de un círculo de montañas que dan la sensación de un cono invertido.

Ahí está, escondida y medrosa, la pequeña aldea, viviendo una vida que, a pesar de sus largas centurias, conserva su ingenuidad característica, esa fisonomía infantil, más claramente definida y descubierta en sus mismas candorosas trapacerías.

Arriba, llenándolo y animándolo todo con la soberana majestad de su presencia, la iglesia, con su torre del siglo XX, y sus modillones del siglo XIII.

La fusión de los siglos al calor de la fe.

El gesto elocuente, la postura clara de los montañeses de setecientos años atrás, creyentes y espléndidos, como los montañeses de hoy.

El abrazo de las viejas generaciones con la actualidad.

¡Cómo palpita la verdad en esas viejas piedras! ¡Cómo en ellas descansa el alma,

cuando, explorando en las galerías oscuras de la lejanía, rendida y descorazonada, se ve sorprendida por la luz diáfana, cegadora, que de esas piedras se desprende!...

Ahí no cabe la ironía de un pendolista que se recrea en el fraude. Ni la explotación calculada de un detalle impreciso y sombrío.

Es la sinceridad la que está cosida a esas piedras luminosas.

Abajo, un racimo de casas tristonas, de aspecto arcáico, de fachadas sin expresión, perfectamente alineadas, enmarcando el arroyo adoquinado y de orillas enlosadas.

Puertas enormes, de roble indígena, pesadas, desmazaladas, girando sobre unos goznes costrosos.

Ventanucos mezquinos, de dobles y complicados postigos.

Alguna nota de color, algún rasgo de luz, algún escudo de cuarteles historiados.

El silencio del pueblo es interrumpido por los niños que cantan en la escuela la tabla de multiplicar.

Los mayores salieron al campo.

Está solitaria la calle.

El cascabeleo de un cencerro anuncia el trote de un caballo bajo mi ventana.

Muy pronto la calle se llenará de chiquillos, que correrán a sus casas, y zarpearán en las paneras, buscando el codiciado zoquetón, para correr, mordisqueándolo, a la calle, a jugar en alborotado holgorio.

Y poco más tarde, cuando desde el campanario se anuncia la oración del ángelus, regresarán del campo los labriegos.

Y se reunirá la familia, formando un semicírculo alrededor de la gran fogata, que absorverá la llama del viejo candil.

El cabeza de familia—sentado en el escaño que ocuparon sus abuelos—cogerá el largo rosario, que cuelga bajo la campana, y sus cuentas de azabache, gruesas y brillantes, irán resbalando suavemente por aquellos dedos, en los que el sudor y la tierra han creado una corteza negra y áspera.

Y sus labios se moverán gravemente en la oración...

EL ANTIGUO MONTAÑES

En mangas de camisa y calzado con fuertes abarcas, va a la sierra el montañés.

En el zurrón, un zoquete de pan ciudadano. Arriba hay ricos manantiales de agua sabrosa y cristalina.

En el alma, sombras negras de pesimismo, bañadas por ráfagas fugaces de bienestar luminoso y apacible.

La irredención que tortura y despedaza, luchando con oleadas—rápidas, instantáneas—de una esperanza nebulosa.

¡Ah!... Si pudiese romper el marco, reducido y miserable, en que se mueve, para alcanzar, empujado por una audacia bravía, el porvenir, que tantas veces ha soñado el rudo visionario!...

El pecho violento y empinado, que lleva a la sierra, no rinde al hombre del hacha y la tronzadera.

Arriba está la cumbre, amplia, magnífica, generosa... Y allí le aguardan los bosques inagotables, con sus copudas hayas, con sus robles contrahechos, en espléndida oblación de troncos robustos y frágiles *abarras*.

Y abajo... hay una mujer que hila y que reza, una mujer de exquisito perfil montaños, de aspecto sombrío, de espíritu recio, varonil, de corazón amable y hondamento cristiano.

La que empuja a una pareja absurda, surco arriba, en la brega campesina; la que prepara el condumio aldeano; la que cuida de la pobre hacienda de los corrales, la que canta melodías montaraces, blandas e insinuantes, mientras cierra sus ojillos el moce-te juguetón.

Ha terminado el leñador su ascensión penosa.

Subía encogido, baja la cabeza, dobladas las piernas, mirando a los guijarros, sin ver-

los; pero subía, subía siempre, sin volver la cabeza hacia la aldea, que aparece, acariciadora, en el fondo de los barrancales, esquivando los arroyos, que bajan—ruidosos y espumantes—de las alturas.

No se ha detenido a contemplar el bello panorama de la montaña.

No ha mirado a las cimas orgullosas, afiladas, que levantan los picos de sus conos sobre las otras, modestas y chatas, nacidas con el destino humillante de eternas peanas. Teñidas—todas ellas—de un débil colorido que da el sol naciente.

Ni ha mirado a la estupenda crestería, que se levanta a la altura de su frente.

Ni le ha impresionado la verde tonalidad del trigo, que se destaca—prometedor en el fondo oscuro de la campiña.

Ni ha visto culebrear a los rebaños en las faldas de los montes lejanos, buscando el pasto cotidiano entre laberintos de espesos bujarrales, hociqueando en el áspero berozo, despuntando las altivas espigas del tumo, mordisqueando en el succulento ginebro.

El leñador---como todo buen montañés---siente en su alma las deleitosas sacudidas de la poesía.

(Frecuentemente, es más poeta el que siente en silencio la belleza, que el que la expresa. Esta misma expresión goza muchas veces del elocuente privilegio de marcar obras poéticas con un sello feo de mercantilismo, lo más prosáico de las prosas.)

Admiró con frecuencia los magníficos espectáculos de la naturaleza, sus alboradas suaves y sus crepúsculos de sangre; el columpiarse de las mieses; el estallar de las yemas; el azotar de las algaradas abrileñas; la pesadumbre de las tardes otoñales; y oyó la maravillosa música, el concierto grandioso de los pájaros, de las cascadas, de los huracanes...

Ya está arriba.

Ayer encendió la carbonera, una carbonera pequeña, familiar.

Los troncos centrales serán ya ceniza, y es preciso proceder a la operación del be-tagarri.

Hay que entacufiar la carbonera; hay que sofocarla.

Y el buen leñador descubre unos brazos de hierro, unos bíceps de acero, una musculatura de gladiador.

Y el filo agudo del hacha comienza a trazar en el aire unas líneas rápidas, invisibles; y los troncos del haya van cediendo.

El leñador teme al betagarri.

Sobre la carbonera, alargando el brazo, retirando el busto, comienza a echar tarugos.

Las llamaradas que provoca el betagarri, al golpe del leño sobre las ascuas, suben como apariciones de fuego, a dos dedos del leñador.

Pero es una labor necesaria. Sin el betagarri, toda la carbonera sería ceniza...

Y el leñador—agotado y triunfador—bajará de la carbonera, para preparar una nueva.

Y más tarde, correrá cuesta abajo, y llegará a su casa, cuando el sol hace sus últimas caricias a los árboles de Gabalaza, des-

EN LA MONTAÑA ALAVESA

pués de haber iluminado la ascensión primaveral de la naturaleza.

El simpático leñador gustará el idilio del hogar, el amor de la montañesa, el sabroso condumio aldeano, los besos del mocete juguetón.



LOS MONTAÑESES DE HOY

Ha habido en la montaña una época de formación, cuyos relieves sombríos evocan los hombres de hoy, como rasgos fundamentales, que definen la fisonomía de su triunfo.

Para ascender a la cumbre, hay que ir venciendo una gradería tapizada de penalidades.

Hay que clavar en lo alto las pupilas, sin mirar a las huellas de sangre que van quedando atrás.

La voluntad de hierro del montañés—generadora de un aparente atavismo monstruoso—su laboriosidad indiscutible, han ido labrando, sobre un pretérito doloroso, un presente lleno de vitalidad.

Era ayer, cuando veíamos al montañés *nidrio* por el golpeo constante de la desventura, de sus luchas agotadoras; taciturno y ape-

EN LA MONTAÑA ALAVESA

sadumbrado ante un paisaje de irredención; gastando los músculos de sus bíceps en una brega ingrata, infecunda.

Familiarizado con la privación, acorazado contra la derrota definitiva, pisando atentamente al margen del abismo, fué creando su situación actual.

La gestación fué dura.

El resultado ha sido una compensación consoladora.

Hoy va resbalando la vida montañesa en un plano de bienestar.

El hambre es un ogro de leyenda. El usurero huyó a la región de los logreros. El liturgo ateniense sembró su semilla, que no se agota.

Hay en las paneras otanas de pan de trigo, cocido en casa; y en la despensa, abultados pellejos de vino nabarro o riojano.

Sonríe el montañés redimido.

Pero téngase en cuenta que la redención no ha brotado espontáneamente de los surcos, ni la ha provocado, en absoluto, el alza de los mercados.

LOS MONTAÑESES DE HOY

El montañés ha sabido imponerse al destino que le abatía, confiando en que «en lo más *escuro* amanece Dios».

Los cajones de las cómodas arcáicas, donde las arañas tejían — con sus telas — sus ocios, hoy ocultan títulos, láminas y cartillas, que suponen un capital activo y alerta.

Al mismo tiempo que el bienestar material, va ascendiendo también el nivel cultural.

El Arcipreste de Hita, analizando la psicología de los adinerados, hace—por la quaderna vía—una fina observación:

«Sea un home nescio e rudo labrador,
los dineros le facen fidalgo e sabidor,
cuánto más algo tiene, tanto es más de valor;
el que non ha dineros, non es de sí señor.»

No. Yo me alzo contra esa afirmación. Podría acontecer eso en los tiempos en que el simpático clérigo escribía su LIBRO DE CANTARES. Y muchos siglos después.

Ha evolucionado la idiosincrasia de los pueblos.

También a estos rincones llegan—salvando los puertos—brisas europeas, aires de democracia.

Pero de una democracia distinta de la que priva en las urbes populosas y se predica en los tinglados de la vieja farsa.

El pensamiento del Arcipreste lo recogió el pueblo en unas frases gráficas:

Don sin din,
campana sin babajo.
Don sin din,
corral sin puerta.

Esas frases se pudren de los archivos folklóricos.

En la montaña se cultiva la democracia, a base de la fraternidad cristiana.

El rico ayuda al pobre. Una casa levanta a otra. Un propietario redime a un rentero.

Y el pobre, el humilde, se resigna, pensando que

los días vienen de balde,
y el tiempo Dios nos lo da.

La franca convivencia, el roce continuo en

un círculo reducido, la identidad de ideas y sentimientos, es la coyunda más práctica de las voluntades.

Son pocos, son muy escasos, los montañeses que no disfrutan de «un buen pasar».

Los pobres no conocen el hambre.

Los ricos, cerrando los ojos a espejismos recientes, no abandonan la esteva.

Unos y otros dicen que

no hay poco, que no dure,
ni mucho, que no se acabe.

La montaña no es lo que era hace treinta años.

Se han contado leyendas negras, cuadros siniestros, acerca de la montaña.

Mónstruos fabulosos, conchabados en el corazón de Izkitz... hondas tragedias en las selvas de Jupana... la silueta del montañés, camarada de lobos y *jabalines*, en las barranqueras de Igoroin... el drama doloroso de los pastores intrépidos, embrujados por diabólicos endriagos en el silo de Okina... unos hombres misteriosos, hábiles trepadores, que

EN LA MONTAÑA ALAVESA

escalaban las cumbres, eternos e impotentes mendigos de la tierra... hambre en los hogares y un frío intenso en las almas.

Ese es el cuadro pintoresco de la montaña, que únicamente se puede admitir, como elemento decorativo de tertulias insípidas...



LA ERMITA DE LA MONTAÑA

No es un templo suntuoso, de aparatosa ornamentación, de rasgos maravillosos, de un historial ruidoso y deslumbrante.

Tampoco es la urna fabulosa de leyendas fantásticas, de regocijados episodios novelescos.

Una ermita modesta, silenciosa, recogida, avara en detalles artísticos.

La ostentación tímida de unas líneas evocadoras del siglo XIII.

Situada deliciosamente en la cresta de un pequeño cerro, llegan hasta ella—camino del cielo—las plegarias de los pueblos creyentes,—notas terrosas, oscuras—congregados a sus pies.

Los bosques, los ríos, las praderas, el lla-

LAS BELLEZAS DE LA MONTAÑA

no, no saben hablarnos claramente de nuestros abuelos. No pueden precisar—aparte de una revelación filológica importante—una nota trascendental.

La ermita es la canción vetusta de bellas melodías.

Es un libro—siempre abierto—de alto valor pedagógico.

Lo escribió una generación lejana en páginas de piedra.

En cada fragmento artístico se esconde la concreción de un esfuerzo. En cada piedra labrada, un bravo gesto de cristiano, una frase de aliento. El conjunto habla de una fe robusta...

La honda piedad de la aldea hierve en el ambiente religioso de la ermita.

El montañés ama las tradiciones, los viejos siglos, la voz de la lejanía.

Y la visión del enigma amado tiene lugar en la ermita.

Pero hay algo más que eso.

Preside la ermita una imagen sedente de

LA ERMITA DE LA MONTAÑA

María, la Virgen de Beolarra, amada intensamente por los montañeses.

Los antiguos franquearon su amplia portada en un largo desfile de siglos.

Allí rezaron, y lloraron, y gozaron.

Y los montañeses de hoy también rezan y lloran y gozan santamente a los pies de su Virgen.

El labriego, doblado por el látigo de un bregar penoso; el pastor que barrena en silencio los misterios de la naturaleza; la mujer, la montañesa discreta; los niños...

La oración íntima brota del corazón, cuando el sol quema las tierras, cuando el rayo fatídico rasga las nubes, preludiando un concierto funesto de destrucción; cuando hay penas que torturan el alma, cuando hay sombras que entristecen el hogar.

Y sube la oración, empujada por suspiros sinceros, mojada con lágrimas ardorosas, hasta el trono de nuestra Virgen.

Ella es más fuerte que el sol, más poderosa que el rayo; sabe sonreír a los espíritus

enlutados, es luz que centellea, iluminando los hogares.

Cuando se doblan las rodillas, y se inclina la frente, y se abre el corazón ante el altar de Santa María de Beolarra, se van desdoblando los pliegues, se van estirando los frunces, que encogen el alma.

Allí se aprende a luchar y a triunfar.

A luchar contra las tendencias plebeyas del utilitarismo. A triunfar de las miserias que siembra en el alma la soberbia.

Y el duelo—duelo de pan y duelo de los espíritus—clavado en las retinas del alma, se deshace, como el fantasma de una pesadilla.

Pero no se crea que los montañeses van siempre a su ermita, alargando la mano del pordiosero, desgranando la eterna cantinela de los mendigos profesionales.

¡No! Van a la ermita a presentar a la Virgen la ofrenda espléndida de sus vidas, de sus haciendas, de su fervor, profundamente religioso.

Van a abrillantar el culto, a testimoniar

LA ERMITA DE LA MONTAÑA

su gratitud, a hacer confidencias íntimas.

Así fueron también nuestros abuelos.

En la cumbre del cerro de Beolarra se confunden el amor a la tradición y el amor a nuestra Virgen, la fe y el honor, como dos estrofas de un poema divino.



PSICOLOGIA DEL MONTAÑÉS

Es muy complejo el estudio del montañés.

A primera vista ofrece caracteres contradictorios, que son más aparentes que reales.

El montañés—como todo hombre—impresiona de distinto modo al analizador que de un vistazo pretende abarcar un temperamento colectivo, y al observador, que va estudiando lentamente las diferentes modalidades individuales, convergentes en un acorde, o discrepantes en un conjunto inarmónico.

Para tener una idea cabal del montañés, es preciso observar sus características, a lo largo de sus diversas manifestaciones, en una constante y honda visión de su espíritu, en el contacto familiar, íntimo, que permite llegar a conocer plenamente el corazón del hombre.

Es el montañés enemigo de encogimientos

espirituales, no en el sentido moral y religioso, sino bajo el aspecto cultural.

El combatir a la aldea, porque no lee periódicos, es un síntoma de infantilismo imbecil.

Una cultura total, universal, no la tiene el aldeano, ni tampoco el ciudadano, aunque sea ateneísta. ¡No está al alcance de cualquier intelectual, más o menos pintoresco!

Si la cultura del ciudadano consiste en una vasta erudición, en una elevada filosofía, en un baño de las ciencias y las letras, la cultura del aldeano consiste—a mi entender—en la aplicación de los modernos procedimientos—si son prácticos—a su labor, en la adaptación a los sistemas más favorables a su objeto, y—¡sobre todo!—en el logro de un espíritu sano y fuerte, en el vivir honrado, «que es el secreto del vivir dichoso», como dijo un gran poeta, enamorado de la aldea.

Y en este sentido, que no es despreciable, el montañés es culto.

Es cierto que la montaña tiene aspectos ingratos, desviaciones lamentables...

Pero *eso* no es una condición exclusiva, no es una consecuencia necesaria del medio montaños... Son rasgos comunes a los hombres de la montaña, del valle, de la ciudad, de todas partes...

¡Son lacras que afean a la humanidad! ¡No son características denigrantes de la montaña!

En este extremo, se impone sentar la verdad. Y la verdad es que son rarísimos los ejemplares indeseables en la montaña.

El montaños es brusco, áspero...

Eso va dentro de todo aldeano.

El trabajo comunica cierto carácter al hombre.

Parece que las diversas labores en que se ejercitan los hombres, determinan sus diversos temperamentos sociales, marcan sus fisonomías.

El investigador es perseverante, escrutador en sus miradas; le ha educado su trabajo. El minero es sombrío, ceñudo, como su trabajo. El médico es serio, *trascendental*, como su ministerio. El artista es jovial, bo-

hemio, como sus cuadros, como sus partituras. El pedagogo es sugestivo, sobrio, como exige su profesión. El aldeano, el labrador, es brusco, es áspero, como los pajones de las rastrojeras, como los espinos de los ribazos, como su bregar entre los terrones...

Recojo de un periódico madrileño un pensamiento, que parece escrito para ser estampado en este lugar.

Un aldeano llega a la Corte, y queda admirado, al ver a un caballero, que desmiga pedacillos de pan, que va esparciendo por el suelo. Descienden de los árboles los gorriones, a regalarse con el convite, y a gozar del afecto del hombre. Algunos pajarillos subían a los hombros del caballero, y descendían por sus brazos con una confianza increíble.

La sorpresa del aldeano es enorme. En su pueblo no ocurre eso. Antes mueren de hambre los gorriones, que acercarse a un hombre.

Pero halla pronto la explicación a estos fenómenos.

—«En los pueblos—dice el aldeano al ciudadano que le acompaña—les tratamos como a enemigos. ¿No han de huirnos? Los nuestros muchachos, si los cogen en sus manos, les atan las patas con bramantes; los zagalones andan siempre a cantazos con ellos. Y nosotros, los hombres, cuando en días grises, de niebla y de frío, se aventuran a bajar a los corrales para templar sus cuerpecillos yertos con el vaho que aún conserva el estiércol amontonado en las cuadras y a buscar algún granito de cebada, escarbando, acechándoles detrás de las puertas, les descerrojamos un escopetazo y dejamos algunos tendíos en el montón de fiemo, rehilándoles las patucas con las ansias de la muerte. ¿Cómo han de ser confiados si no los tratamos con agrado, como trata a los de aquí ese señor que hemos visto? Pues eso mismo digo yo que ocurre con nosotros, los pardillos, como nos llaman ustedes porque vestimos de sayal pardo. Semos astutos, recelosos, ariscos;

recibimos a los forasteros con desconfianza... pero es que nos tratan como a los gorriones...

Si en lugar de maltratarnos o de engañarnos con cañamones, nos atendieran, como ese buen señor cuidaba a los pájaros, quizás dejaríamos de ser ariscos, y, como los gorriones del Retiro, picotearíamos agradecidos las manos de los que hubiesen esparcido las migajas, que con cariño, y no a pedradas, se hace confiados a gorriones, y pardillos».

A pesar de que la vida del montañés está trabada en un rincón de mezquino horizonte, gusta de asomarse a las cumbres, y contemplar paisajes de lejanía.

Acaso sea algo suspicaz en sus relaciones.

Cuando el arriero
vende la bota,
o sabe a la pez,
o es que está rota.

Pero esa suspicacia es la que le espolea a documentarse, a procurarse una mayor ilustración.

De espíritu hondamente meditativo, desenvuelve sus cálculos en un misterioso y tenaz silencio, que muchas veces nos sorprende.

El montañés, trabajando en el campo, rara vez iniciará una conversación.

Se ha de pasar junto a él, y es muy posible que no salude ni mire al transeunte. Acaso es porque no quiere interrumpir su labor con pláticas, a las que no da importancia. Acaso es porque no le ha visto. El trabajo del campo—que apenas exige aplicación mental—se presta a profundas reflexiones.

En sus tertulias, en sus reuniones, es locuaz, campechano, humorista, con ribetes de ironista, sobre todo si se trata de pueblos próximos, entre los que acaso haya alguna rivalidad:

Si vas a Mellede,
pan en la alforja lleves;
porque en Igay
no hay,
en Carasta
no se gasta;

vete a San Miguel,
que allí hay pan y miel.

El honor de su pueblo defienden con todo entusiasmo.

El honor del pueblo, que muchas veces vinculan a una partida de bolos o de mus.

Pero aunque se pierda, apenas queda resentido el honor, porque saben muy bien que «en el pueblo forastero la vaca le acor-na al buey».

Es el montañés eminentemente creyente. Y practica con todo fervor la religión.

Mira por la iglesia, como se mira por la casa de la gran familia, del pueblo. Y así es, realmente. Colabora en el esplendor del culto. Canta en la misa y en las Vísperas.

Y esta colaboración le autoriza para presumir de latino.

Recogían patatas dos montañeses. Eran hermosas. No sabían cómo expresar su extraordinario tamaño, y uno de ellos dijo:

—Oye, fíjate; estas salen de profundis....

Y le contestó el otro:

—Pues estas salen de clamavi...



El trabajo excesivo, a que están acostumbrados, y que no puede menos de rendirles, les hace comprender las grandes dificultades que hay que vencer para sostener y aumentar—si es posible—el caudal familiar.

Y de esta comprensión nace su espíritu ahorrador.

No son tacaños. Pero sí enemigos de los necios despilfarros.

Saben privarse de lo superfluo, sin ser mezquinos en lo necesario o conveniente.

Y hacen muy bien.

*A por una voy,
dos vengais;
y si venís tres,
no os caigais.*

A los no labradores mira el montañés con algún recelo.

Comprende que quizás han de trabajar más que él, pero no lo reconocerá. Sería esa una humillación, que no puede soportar.

Zapateros y sastres
y tejedores,
hacen una cuadrilla
de enredadores.

Y cuentan de un zapatero, que ofrecía su mercancía en la iglesia, a las imágenes que veía descalzas:

Un zapatero fué a misa,
y no sabía rezar;
y andaba por los altares:
«¡Zapatos, a remendar!»

A los facultativos se les tiene cierto respeto.

En estos pueblecillos, en todos los cuales no puede tener residencia el médico, se ven casos providenciales.

Pero ponen toda su confianza en el médico, a quien llaman con toda urgencia, y en el potamen de las anaquelерías farmaceúticas.

Sin embargo, dicen:

Médicos y boticarios
no van a misa mayor,
porque dicen los difuntos:
«Ya viene quien nos mató».

A quienes peor tratan es a los molineros.

El molino es el trozo de hacienda común,
que con más cariño cuida el montañés. ¡Tan-
tas veces necesita de él!

Y eso de que lo administre un extraño,
que ellos mismos han buscado, da lugar a
sospechas o a observaciones muy graves,
deducidas, a veces, de confesiones que atri-
buyen a los mismos molineros, cuando dicen:

Bendigo este saco;
un celemín te saco;
te vuelvo a bendecir,
te saco otro celemín.
Y si no mirara Dios,
te sacaba otros dos.

No es, pues, extraño que alguna vez haya
oído cantar en la montaña:

Molineros, al infierno,
que en el cielo no hay lugar;
¡cuántas veces habréis hecho
la reverencia al costal!

El concepto que se tiene de los molineros,
puede considerarse francamente expuesto en
este dístico:

De molinero cambiarás,
de ladrón no te apartarás.

No hay que olvidar que a los montañeses les gusta cultivar la ironía, la ironía flagelante, por vía de pasatiempo festivo.

No es que haya odios, ni sospechas que puedan empañar ningún honor.

No debe escarbarse en sus humorismos, para hallar conceptos ofensivos, que no existen.

Ama el montañés entrañablemente a su montaña.

Ensalza a su tierra, proclamando sus virtudes.

Y si alguno canta las excelencias de la Rioja, de la que nos separa el muro de Cantabria, canta también el montañés, y yo le acompaño con toda mi alma:

Viva la montaña, viva,
viva el hombre montañés;
que si la montaña muere,
la Rioja muerta es.

LOS NIÑOS DE LA MONTAÑA

Rubios como el sol y el oro; morenos, de amplias pupilas oscuras; frescos, como el bosque ribereño; de líneas delicadas o vulgares; de cutis estirado, brillante, o mate; de recia pelambre inculta; alegres, saltarines, retozones... son la nota amable y deseada en el vivir austero de la aldea.

Los niños de la montaña tienen algún encanto secreto.

A través de sus ropillas de hombre—pantalón largo y larga blusa—a través de sus gestos, reveladores de una precocidad deliciosa, y de su *pose* varonil, sorprendemos en sus miradas la blancura de un alma infantil... que siempre es encantadora, tanto más encantadora, cuantos mayores sean los esfuerzos para aparecer como un hombre.

¡Los niños de la montaña!

Yo los veo todos los días en la ribera de Legurria, o en las accidentadas pendientes de Rebidea, formando animadas tertulias, cuidando los *panes*, en los que quieren entrar las yeguas que pacen la fresca hierba de las barbecheras.

Es bello el espectáculo del campo en estas tardes magníficas de mayo.

Los hombres dirigen las parejas que *maquinan* la tierra.

La mujeres van detrás, sembrando, o escardan en las piezas fronteras; las mozas distribuyen el estiércol, manejando diestramente el biello y el cunacho; las niñas juegan—divididas en grupos—a la cadena:

Pasar y *trespasar* en el jubilitero,
pasar y *trespasar* en el jubilitero real.

Uvas traigo a vender en el jubilitero,
uvas traigo a vender en el jubilitero real.

Y los niños dan fuego a los espinos de los ribazos, o disparan *peñazos* a.... donde lleguen, o discurren—tumbados a la sombra acariciadora de los tupidos azkarros—alguna travesura de pequeños diablos.

Fumando brigazas, correosas y picantes, comentan los acontecimientos del pueblo, comparan unas yeguas — las suyas — con otras.

Lamentan la ausencia de los buenos amigos, de los simpáticos pastores, que cuidan sus rebaños en la sierra.

Y cantan. Cantan «de renque», en una singular oposición por la conquista de la palma—imaginaria—que se otorga al «cantor de la voz graciosa»:

Allá va la despedida,
y con esta ya van cuatro;
quédate con Dios, morena,
hasta que vuelva otro rato.

Y luego montarán—a pelo—en las yeguas, que galoparán, seguidas de los muleros, de las potricas, de los potros.

Más tarde, un largo y monótono cencerreo les dirá que ha regresado la cabrada.

Hay que amamantar a los cabritillos. Hay que encerrar en sus cortines a las cabras agresivas.

Y los niños—intensamente laboriosos—

trajinarán por los corrales, con los párpados desmayados, con las cabezas abatidas, sacudiendo la anestesia de sus músculos, y no confundirán la *Verdina* con la *Mocha*.

El estudio del niño montañés tiene aspectos muy interesantes.

¡Qué hermoso y qué elocuente es el contraste del niño que llora junto a las faldas de su madre, y, momentos más tarde, castiga a una pareja de bueyes!

Corre por los prados, trisca por las peñas, salta y brinca y vuela, persiguiendo a una yegua arisca.

Grita, como un energúmeno; canta con sentimiento; silba con arte.

Le entienden las ovejas y las cabras; le conocen las vacas y las yeguas; le deleita el bramar del toro; azuza a los novillos, para que se *amochen*.

Y sueña... Sueña que es ya un mozo. Y que «les puede a todos». Y que su yunta de bueyes es la que más vale. Y que la yegua parió una mula.

Pero, ¿es que no saben que, al otro lado